

El preocupante futuro de la sanidad pública

JUAN SÁNCHEZ VALLEJO :: 02/04/2010

El sistema necesita "consumidores" más que pacientes, "prescriptores" de fármacos más que médicos y "aparatos" más que ojo clínico o experiencia y sabiduría del galeno.

Desde sectores de la izquierda social y política venimos expresando reiteradamente nuestra preocupación por el estado de la sanidad pública, a la que vemos en crisis desde antes incluso de que entráramos en la crisis propiamente dicha, que es ésta que estamos padeciendo casi todos (se salvan curiosamente los que la han provocado), y que tiene como fundamento la salvaje especulación financiera.

Dicho esto, y centrándome ya en nuestra sanidad pública, lo primero que salta a la vista es que los servicios sanitarios que presta funcionan cada vez peor. La calidad asistencial se deteriora paulatinamente, a pesar de lo que algunos gobernantes nos tratan de mostrar con datos parciales y manipulados. Cada vez hay más demora en los diversos servicios, la masificación se agrava en los centros de salud, las urgencias hospitalarias están saturadas y el déficit de médicos comienza a ser importante.

Algún prócer de la economía ha dicho estos días otra verdad de Perogrullo: "el dinero presupuestado para la sanidad pública no alcanza a todo", con lo que las desviaciones presupuestarias anuales llegan casi a lo insoportable. En el sistema público de salud hay una diferencia anual entre el presupuesto inicial y el gasto unificado de unos 12.000 millones de euros. Sólo el gasto en medicamentos ocasiona una desviación presupuestaria de 2.500 millones anuales (recuerdo que la distribución de los presupuestos sanitarios en cada comunidad autónoma se hace de la siguiente manera: el 50% se gasta en nóminas de personal; el 25% para pagar a proveedores farmacéuticos, y el otro 25% para pagar materiales).

En esta época de profunda crisis y ante este panorama financiero tan calamitoso las recetas que nos vienen dando nuestros gestores y gobernantes pasa por lo de siempre: recorte de gastos, que incluye entre otras cosas la congelación salarial de los trabajadores sanitarios y el ahorro en personal mediante la limitación de las sustituciones pertinentes (por vacaciones, enfermedad, etc.) lo que redundará en el deterioro de las condiciones laborales de los sanitarios y consiguientemente en el empeoramiento de la calidad asistencial; otras alternativas pasan por llegar a niveles de endeudamiento insoportables para las entidades provisoras (demoras de hasta 500 días cuando lo establecido por ley es de 60 días).

Pero merece especial atención otra de las alternativas favoritas de nuestra administración sanitaria, que es esa lamentable política de concertaciones con entidades privadas (con ánimo de lucro añadido). Porque las experiencias ya existentes tanto en Europa como en España demuestran que los convenios de colaboración entre lo público y lo privado encarece los costes financieros, ya que posterga el criterio de rentabilidad social ante la exigencia de "dividendos" de la parte privada; además los contratos suelen ser muy rígidos y de larga duración.

Es preciso recordar que la sanidad pública no debe nunca ser tratada como una mercancía sino con criterios de eficiencia social. Es un servicio social que debe perseguir el bien social. Y como bien público que es no debe estar en ningún caso sometida a los vaivenes de la economía de libre mercado, modus operandi de este capitalismo salvaje que para nuestra desgracia (al menos para los que seguimos creyendo en otros sistemas más justos y solidarios) hegemoniza el planeta.

¿Hay alternativas a este estado de cosas (me ciño especialmente a la sanidad pública)?

Sinceramente a corto plazo "no lo veo". Sin embargo a medio y largo plazo afirmo rotundamente que soluciones haylas, siempre y cuando se comience por cambiar radicalmente los hábitos sanitarios de esta sociedad, pasando de esa actitud consumista que lleva a la gente a sobreutilizar los servicios sanitarios públicos (y los fármacos, y "los aparatos") dimitiendo simultáneamente de la conservación de su propia salud; el ciudadano de hoy renuncia a sus cuidados y se desentiende de sus propias defensas naturales. Prefiere ir mucho al médico, atiborrarse de fármacos y pasar de vez en cuando por esos futuristas aparatos que todo lo detectan. En una palabra: más que ocuparse de su salud, se preocupa por ella.

Pero claro ¿quién ha inducido al ciudadano a pensar y sentir de esa manera? Esta podría ser la cuestión clave para entender lo que está pasando con la sanidad pública. El sistema necesita "consumidores" más que pacientes, "prescriptores" de fármacos más que médicos y "aparatos" más que ojo clínico o experiencia y sabiduría del galeno.

De modo que si conseguimos todos cambiar esta mentalidad y además se elaboran los presupuestos ajustados a las necesidades sanitarias de nuestro tiempo, junto a una gestión que se preocupe más de la eficacia del sistema sanitario que del marketing electoralista y partidario, se completaría todos los elementos que harían posible sacar a nuestra sanidad pública de la grave crisis en que está sumida.

Estos "mandamientos" se concretan en una sola cosa: voluntad política, para lograr la sanidad pública con garantías de calidad, gratuidad y solidaridad.

** Juan Sánchez Vallejo es médico psiquiatra y escritor.*

<http://misaludnoesunnegocio.net/actualidad.php?p=2771&more=1&c=1&tb=1&pb=1>

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/el-preocupante-futuro-de-la-sanidad-publ